



La complicidad es la base de un cuarteto, lo que no significa que no se produzcan roces y discusiones a la hora de establecer una versión de una obra.

Arnau.— Sin afinidad no hay cuarteto que sobreviva. En los ensayos, naturalmente, surgen distintos puntos de vista y eso es bueno. Una discusión sana no hace más que enriquecer la interpretación. Nosotros tenemos unas reglas fijas para solucionar las diferencias. Primero analizamos las opciones que surgen a la hora de solucionar un determinado pasaje, después las tocamos todas y al final decidimos una, por votación, sin imposiciones. Funcionamos democráticamente y asumimos el resultado final. Sacrificar opiniones personales y puntos de vista individuales no es un drama, al contrario, forma parte del juego, del placer que supone hacer música juntos. Y ése es el camino que hemos escogido. Somos un cuarteto por vocación y no nos aburrirnos en los ensayos. Al contrario, disfrutamos mucho aunque surjan divergencias.

Abel.— Tocar en un cuarteto es algo fabuloso porque, además de permitirte el lucimiento en partes de extremo virtuosismo, ese virtuosismo es

compartido. Interpretar, por ejemplo, los últimos cuartetos de Beethoven es una experiencia fascinante que, como músico, te ayuda a comprender mejor la modernidad de su lenguaje.

V. M.— Hay que respetar siempre al compositor, pero lo apasionante es la búsqueda común de una versión transparente que llegue a reflejar la idea, el carácter que quiso imprimir a la obra. Nuestra pretensión no es dar un sello particular a todo lo que hacemos para acabar sonando siempre igual. Lo que buscamos es un sonido al servicio de cada partitura.

Arnau.— Puedes encontrar buenas ideas en cualquier interpretación, y en el caso de la utilización de instrumentos de época, ves claramente que se pueden conseguir otros matices, otra articulación, pero esos cambios son pequeños, apenas suponen el 10% del resultado final de una versión. Lo importante es hacer música, no el instrumento que usas. Y los instrumentos modernos ofrecen más recursos para hacer música sin traicionar por ello el espíritu del compositor. Lo importante es la flexibilidad.

En vuestro flamante disco, sorprende la elección del cuarteto de Zemlinsky como

compañero del de Debussy. ¿Cómo surgió la idea de unirlos en un mismo programa?

Arnau.— Queríamos grabar el cuarteto de Debussy, pero no nos hacía gracia caer en su tópica asociación con el de Maurice Ravel, eso está ya muy trillado. Por otra parte, y gracias a una propuesta de Antonio Moral para actuar en el Ciclo de Cámara en el Auditorio Nacional de Madrid, descubrimos el *Cuarteto n.º 2* de Zemlinsky y nos pareció que podía funcionar perfectamente en el mismo disco. Normalmente se tiene poco margen para decidir los programas, son los organizadores los que te proponen obras y las vamos montando por encargo. La ventaja del ciclo madrileño es que apuesta por los nuevos repertorios, busca programas con un hilo conductor, y no se limita al repertorio más trillado. En ciudades con menor tradición en música de cámara, te acaban pidiendo siempre los mismos compositores, debes buscar obras de gancho y en cierto sentido más asequibles para un público menos habituado a la música de cámara. Volviendo a Zemlinsky es muy interesante ver que, aunque su música es muy diferente a la de Debussy, no son obras tan distantes en el tiempo. Las dos son obras cíclicas y es curioso observar algunas ideas de estructura y color próximas.

Los miembros del Cuarteto Casals compaginan su actividad concertística —actualmente están dando un promedio de 60 conciertos por temporada— con la dedicación a la enseñanza: desde el otoño de 2003 imparten clases de música de cámara en la Escola Superior de Música de Catalunya (Barcelona), en el Conservatorio Superior de Música de Aragón (Zaragoza) y en el Musikene (Donostia).

Abel.— Enseñar es un buen complemento a la carrera artística, te hace aprender más y es una tarea muy creativa y estimulante. Nuestra meta es formar músicos en este campo, que es una disciplina aparte dentro del mundo de la música de cámara. Exige otra afinación, otra concepción de la armonía, pero además enriquece a cualquier músico porque crea también músicos de orquesta mucho más interactivos, más acostumbrados a tocar juntos. La filosofía educativa está cambiando, afortunadamente, y no tiene nada que ver a la que encontramos nosotros hace diez años, que estaba encaminada fundamentalmente a potenciar la personalidad del solista. Se está produciendo un cambio muy esperanzador que ayudará a consolidar en el futuro la existencia de los cuartetos de cuerda en el panorama musical español. Y nos encanta aportar nuestra experiencia a las nuevas generaciones de intérpretes.

Javier Pérez Senz